



GOBERNACIÓN
Departamento del
Valle del Cauca



Papel Escena

Revista bianual continua de la Facultad de Artes Escénicas

Nº 24 - 2026

Cali - Colombia



Papel Escena

Estreno de Papel

TRES VIOLENCIAS, MIL AUSENCIAS

UNA COMPILACIÓN DE TRES TEXTOS DRAMÁTICOS

Three acts of violence, a thousand absences
An anthology of three dramatic works

Recepción: 15 06 2025
Aprobado: 21 06 2025

Francisco Javier Viveros Viveros ¹
fviveros@bellasartes.edu.co

Como citar: Viveros, F. (2026). Tres violencias, mil ausencias. Una compilación de tres textos dramáticos. Papel Escena, (24), e-40711

¹Licenciado en Actuación (Pontificia Universidad Católica de Chile – Santiago de Chile, Chile), magister interdisciplinar en Teatro y Artes Vivas (Universidad Nacional de Colombia – Bogotá, Colombia) y especialista en Teatro y Educación (Universidad de Chile – Santiago de Chile, Chile). Como dramaturgo, ha escrito ocho textos propios, entre ellos Desaparecidos, Río Turbio y la autoficción Lo que no alcancé a hablar con mi tío. Su tesis de maestría, Resonancias: en el borde de tu boca, volcán (2022), es una performance de poesía expandida estrenada en Cali en el marco del IX Encuentro Internacional de Artes Vivas – Hacer lo Común, también presentada en el XI Festival de Literatura Nos Queda La Palabra (Manizales, 2024). Su investigación articula voz, memoria y creación colectiva. Ha dictado talleres de escritura creativa y poesía popular en Colombia y Chile y ha colaborado en cuatro creaciones colectivas teatrales. <https://orcid.org/0009-0001-0739-5047>



Desaparecidos²

El indígena: A mí me cogieron porque soy indígena y estaba defendiendo mi tierra. Un día aparecieron unos volantes en el pueblo; decían que, si no los dejábamos “trabajar” tranquilos, nos iba a ir mal. Yo no paré bolas porque eso de las amenazas era pan de cada día y después nunca pasaba nada. Un día, amanecieron unos perros colgados en la esquina de mi casa con un cartel que decía “Sigues tú”. Ahí sí me asusté. Con los vecinos empezamos a hacer turnos para echarle ojo al barrio por la noche. No pasó nada en toda una semana. Una madrugada iba pa’ la finca a trabajar con mis compañeros, en la camioneta de siempre. De repente paramos en la mitad del camino y salieron unos manes que a puro grito nos hicieron bajar a todos. Nos pusieron en fila y nos separaron a mí y a un muchacho muy joven que también era indígena; a los demás los hicieron subir otra vez a la camioneta, le dieron plata al chofer y se fueron. A nosotros nos amarraron las manos, nos apuntaron con las metralletas y nos llevaron caminando por los cerros. Caminamos sin parar hasta que cayó la tarde y llegamos a una casa abandonada en la mitad de la selva. Ahí nos metieron en un rebrujadero oscuro y chiquito, con más gente; no cabíamos todos en el piso y para medio descansar teníamos que sentarnos espalda con espalda, aguantando el calor y las cucarachas. Como tres veces a la semana nos sacaban con los ojos vendados y nos llevaban a un patio donde daba el sol y nos ponían en fila, hombro con hombro. Ahí empezaban a montárnosla. Nos decían que por fin íbamos a descansar, que nos había llegado la hora. Luego, llamaban al pelotón. Escuchaba las pisadas de las botas acercándose, paso a paso, sin parar. El pelotón entraba, se formaba y el comandante decía: “¡Pelotón, atención! ¡Carguen! ¡Apunten!” ... Yo sólo pensaba en mi mujer y en mi hija chiquita de dos años que se iba a quedar sin papá. Luego venía el grito de “¡Fuego!” y sólo se escuchaba al comandante decir “¡Bum!” y matarse de la risa. Lo hacían para meternos miedo, para dominarnos. No sé cuántas veces lo repitieron... tantas que empecé a desear que dispararan de verdad, para morirme de una vez por todas. Un día mi deseo se hizo realidad.

La nonata: Yo estaba en la panza de mi mamá, tenía siete meses. Desde ahí podía oír todo. Mis papás estaban durmiendo en la casa; en medio de la noche tumbaron la puerta y entraron varios hombres, gritando el nombre de mi mamá. Yo me asusté mucho y empecé a dar muchas pataditas. A mis papás los tiraron al suelo, los amarraron de manos y nos subieron a un camión. Entre el susto y la impresión, mi mamá se desmayó. Cuando despertó, tenía las manos y los pies amarrados a una viga, boca abajo. Para mí era re incómodo estar al revés, para mi mamá también. Los señores le decían: “¿Así que eres cantante? Ahora te vamos a enseñar a cantar”. Como mi

mamá no decía nada, le empezaron a quitar las uñas de las manos, una por una. Yo también sentía el dolor de mi mamá. Era tanto, que no podíamos pensar en nada más. El dolor nos llenaba; ella se desmayó otra vez, colgada. Luego de un buen rato, nos echaban agua fría, despertábamos asustadas y esos señores volvían a preguntarle a mi mamá por unas compañeras. Como mi mamá no decía nada, la seguían golpeando. Así pasaron varios días, con nosotras colgando de ese palo, sin saber nada de papá. Ni siquiera la dejaban ir al baño; tuvo que hacer popó y pipí ahí mismo, encima de ella. Ellos sabían hacer daño sin matar: nos dejaban al borde de la muerte, pero con un hilito de vida. Nos tuvieron muchos días ahí, sin darnos de comer, sólo un vaso de agua al día. Se les pasó la mano y se les fueron nuestras vidas. Mi espíritu salió de mi cuerpo; subí un poco sobre la sala y podía ver cómo esos hombres se peleaban entre ellos por habernos dejado morir, sin sacarle información importante a mi mamita. Mi mamá defendía a las mujeres, luchaba sin cansancio y su sueño más grande era verme crecer y enseñarme todo lo que sabía. Mi papá sobrevivió, pero nunca pudo conocerme. Ahora yo tendría nueve años. Nuestros cuerpos jamás aparecieron. Desaparecimos vivas y luego desaparecimos muertas: somos doblemente desaparecidas.

El líder social: Me agarraron de noche, en la finca donde trabajaba. Grité mi nombre, pero nadie me oyó. Me metieron en el asiento de atrás de un carro y me pusieron una capucha negra. Al principio sabía por dónde íbamos, pero dieron tantísimas vueltas que quedé loco. Perdí la noción del tiempo; no sé cuánto pasó: dos horas, tres, ¿cuatro, a lo mejor? Me bajaron y me hicieron entrar en una casa. Me cambiaron la capucha por una venda: “¡Ni se le ocurra abrir los ojos que le pegamos su pepazo!”, y seguido sentí un golpe en la nuca. Siempre estuve con los ojos vendados. Cuando la venda se corría un poco, trataba de ver algo: algún mueble, una baldosa, el color de las paredes, los zapatos de los que me tenían. Nada de eso me sirvió para saber dónde estaba. Afiné el oído para escuchar hasta el más mínimo ruido, pero parece que estábamos en medio del monte, lejos de cualquier vecino: sólo se oían las órdenes de los combatientes y los camiones con los detenidos. Así pasaron los días, hasta que escuché un sonido familiar: era la voz de mi madre. Me llevaron a otro cuarto, me quitaron la venda y allí estaba ella: con sus ojos llenos de lágrimas, deshecha. Me amenazaron: si no decía los nombres de otros tres líderes sociales, iban a torturar a mi madre ahí mismo, delante mío. Les dije que no, que por ningún motivo iba a ser un sapo. “¿Así que te la vas a dar de héroe, hijueputa? ¿Ni por salvar a tu cucha? ¡Eh, mire esta gonorrea señora! ¡Su hijo va a ser un mártir!”, dijeron. La desnudaron y se pusieron a pegarle con un palo. Mi madre gritaba de dolor. Le echaron encima un balde de agua fría y le siguieron pegando sin piedad. Cuando trajeron una motosierra no aguanté más. Les di lo que querían: les “canté” tres nombres de líderes de poca monta y se llevaron a mi madre. Fue la última vez que la vi. Luego siguieron las amenazas:

si no seguía “cantando”, iban a ir por mi papá, por mis hermanos. Me quebraron, no me quedó otra que pasarme para su lado. Al otro día me trajeron ropa limpia, unos zapatos bien bonitos, unas gafas de sol y una peluca. “Ponte esto, ¡hoy salimos a pasear!”. Me vestí y me subieron al mismo carro donde me habían detenido. Mientras íbamos camino al pueblo, disfruté por unos segundos la luz del sol en la cara. Duró poco. Me dijeron que tenía que infiltrarme en una reunión de dirigentes sociales y que tenía que identificar gente: ese, el de camisa azul... ella, la del vestido verde. A la salida de la reunión los cogían y los subían al carro. Me felicitaban, les estaba ayudando un montón. Volvimos al monte y me dejaron dormir en un cuarto con un colchón en el piso. Desde allí podía oír cómo torturaban a los mismos que yo había sapeado. Los “paseos” se repitieron varios días seguidos, por unos dos meses. Ya no aguantaba más: por mi culpa toda esa gente estaba siendo torturada... y seguro desaparecida. Un día aproveché un descuido de los que me tenían y me robé un cinturón. Volví a mi cuarto, me colgué de una viga y me ahorqué. Mi cuerpo lo tiraron a una fosa común y mi familia aún me sigue buscando. No saben dónde estoy.

El campesino: Habíamos terminado la cosecha de lulo y con mis amigos andábamos luqueados. Esa noche estábamos celebrando en una cantina, cuando entraron unos manes armados, me señalaron y dijeron: “Ese es”. Yo no entendía nada. Me sacaron caminando pa’ afuera del pueblo, hasta un molino abandonado. Ahí había más gente y nos tuvieron varios días: esos tipos eran unos gañanes, unos desalmados. Había uno que le decían “El Perro”, que era muy grosero con nosotros. Le gustaba usar joyas de oro. Dicen que siempre andaba con un alicate para sacarle los dientes de oro a los cadáveres. A otro le decían “Peinilla Roja” porque le gustaba degollar a los prisioneros con un machete que siempre cargaba colgado del cinturón. Si te mandaban donde “Peinilla Roja”, ya no volvías. Yo nunca me había metido en política. Les decía que no sabía nada, que yo no tenía nada que ver, pero no me creían. Me decían: “¿Crees que somos güevones, como vos? ¡Ah, entonces todos son inocentes acá, pues! ¿Crees que nos bajaron de la montaña con espejo, o qué? ¡Eh, este hijoeputa!”. Nos daban palo durísimo, hasta sacarnos sangre. Mi cuerpo lo lanzaron al río. Apareció varios kilómetros más abajo, a las orillas de un pueblito. Los vecinos me sacaron del agua, me limpiaron y me enterraron. Después me pidieron favores y, como les cumplí, me pusieron un nombre y me dejan flores todos los domingos. Años después de muerto se supo que me parecía mucho a un man importante que le decían “El Mojojojo” y por eso me habían cogido. Todo fue un error, un gran error.

El niño: Ya había oscurecido y estaba jugando con mi primo en el parque de mi vereda. Yo era conductor de la chiva y él era el pasajero: me preguntaba si la chiva pasaba por el río, yo le decía que sí, le recibía la plata y le daba el cambio. De repente escuché un carro que frenó muy duro. Se bajaron unos señores de trajes oscuros, se

acercaron, y nos dijeron que estuviéramos quietos, que no gritáramos; nos alzaron, nos pusieron un pañuelo en la boca, nos amarraron de pies y manos y nos echaron en el baúl. El carro arrancó; yo pateaba con toda mi fuerza, quería gritar, pero no me oían: habían puesto muy duro una música que yo no conocía. Mi primo me miraba y me decía que no con la cabeza, que no hiciera ruido. Paramos, se abrió el baúl y nos bajaron. Nos habían llevado a la selva. Nos pusieron a cada uno en un cuarto diferente, a dormir con más niños. Apenas salió el sol nos despertó una trompeta. Todos los otros niños se levantaron de un salto; con mi primo los seguimos. Todos en fila pasamos por un chorro de agua fría que le decían “ducha” y después nos dieron unos uniformes como de militares para vestirnos. Nos dieron desayuno y después hicimos muchísimo ejercicio: flexiones, lagartijas, abdominales, de todo. Otra vez nos pusieron en fila y un señor que se veía importante dijo que todo esto lo hacían por la patria, para salvar al país. Después de eso, nos mostraron las armas: yo nunca había visto una de verdad, eran grandísimas y re pesadas. Nos dividieron en grupos más pequeños y en cada uno había un señor con un arma; nos enseñaron cómo funcionaba y, sobre todo, a ponerle el seguro para que no se disparara sola. Cuando fuimos a almorzar le pregunté al niño que estaba a mi lado que cuándo nos iban a dejar volver a nuestras casas: abrió unos tremendos ojos y no me contestó nada. En la tarde nos sentaron a todos como en un salón de clases y entró un señor con un mapa muy grande: nos enseñó los nombres de las montañas y de los ríos más cercanos. También marcó una zona en el mapa donde no podíamos ir nunca. Se oscureció y nos mandaron a dormir. Al otro día, lo mismo: trompeta, ducha, vestirse y desayuno; esta vez nos llevaron a un lugar que le decían “campo de tiro” y, de uno en uno, nos ayudaron a disparar el fusil. Por primera vez disparé un arma en mi vida: esa cosa después del disparo se te devuelve y pega durísimo, por eso nos decían que era importante entrenarnos, para tener fuerza para controlar el arma. Así pasaron varios meses; con mi primo nos veíamos solo en las comidas y en el campo de tiro; no nos dejaban hablar. Un día nos sacaron por la mañana a todos a caminar por la selva con los más grandes, cada uno con un arma al hombro. Al mediodía llegamos a un claro y el comandante dijo que nos escondiéramos y no nos moviéramos de ahí. A lo lejos se oyeron unos gritos y muchos disparos. Con mi primo nos cogimos de las manos, pensamos que nos iban a matar. Después de un buen tiempo volvió la calma y nos dijeron que siguiéramos caminando. Llegamos a otro claro donde había varias casitas y, en el suelo, muchas personas muertas. Nos dijeron que esas personas eran muy malas y que teníamos que acostumbrarnos a ver eso hasta el final, que la muerte era parte de la vida. Entonces el comandante sacó un machete y empezó a cortar un muerto en pedacitos. A cada uno nos dio un pedazo que teníamos que andar cargando siempre “para acostumbrarnos al olor de la muerte”: a mí me tocó un dedo y a mi primo una oreja. Después de un año de ver y oler la muerte todos los días, ya no aguanté más y le mandé una nota a mi primo para que

² Texto montado por la docente Jazmín Fajardo Ayala e interpretado por estudiantes de la I.E. Palestina, Huila, en el marco del Día Internacional de las Víctimas de Desapariciones Forzadas, agosto de 2019.

nos escapáramos de ahí; como no me respondió, decidí escaparme solo, a mitad de la noche. Logré salir del cuarto sin que nadie me viera y me puse a caminar por la selva, tratando de acordarme del mapa que siempre nos mostraban; caminé toda la noche, pero al amanecer me encontraron y me llevaron con el comandante: me dijeron que yo era un traidor y que merecía morir; trajeron a mi primo para que me apuntara y se nos llenaron los ojos de lágrimas; lo apuntaron a él y le dijeron que, si no me disparaba, nos mataban a los dos: apuntó a mi corazón, cerró los ojos y disparó. Nuestra familia aún no nos encuentra, no saben dónde estamos o si estamos vivos o muertos.

La profesora: Una tarde venía por la trocha caminando de vuelta de la escuela, cuando a lo lejos vi que se acercaba un grupo de hombres vestidos de militares; no sabría decir si eran del Ejército, de la guerrilla o paramilitares, todos se visten igual. Me armé de valor y seguí caminando. Cuando pasé por al lado de ellos uno me gritó: “¿Así que usted es la profesora comunista? Cuidese, que por acá dicen que es medio peligroso”. Se rieron y me alejé lo más rápido posible. Esa misma noche entraron a la fuerza a mi casa, revolvieron todo y me secuestraron. Con varias personas más, estuve encerrada unos tres meses en un cambuche que hacía las veces de cuartel clandestino, a las afueras de la vereda. Durante todo ese tiempo, nadie de mi familia supo dónde estaba. Los primeros días, esos hombres me preguntaban cuál era mi filiación política, que por qué trabajaba tanto con la comunidad; yo les decía que sólo estaba haciendo mi trabajo de docente. Luego comenzaron los piropos indecentes, las tocaciones y, finalmente, los abusos: en ese cambuche me violaron varias veces. Fue horrible. Un día quise defenderme con todas mis fuerzas y le mordí la lengua a uno de ellos. Me gritaron: “¡Ah, usted está muy rebelde, mamita!”, y me sacaron a culatazos del cambuche. Me subieron a un camión y me tuvieron dando vueltas por más de una hora. Paramos en un lugar y el chofer habló con un hombre que le abrió un portón, que chirreaba, bien grande y pesado. Lo siguiente que oí fue un río, que estaba cada vez más cerca. Ahí supe que eran mis últimos momentos de vida. Me pusieron una inyección que me adormeció. Quedé inconsciente, pero aún sentía lo que pasaba a mi alrededor. Sentí cómo metían mi cuerpo dentro de unos costales y luego lo amarraban con alambres. Uno de los bandidos llevaba una grabadora portátil y puso un cassette con la canción “Libre” de Nino Bravo. Todos ellos comenzaron a cantarla a coro. Lo último que recuerdo es el sonido del agua... Me subieron a un puente y desde ahí me tiraron al río: mi cuerpo se hundió: todo era agua, adentro y fuera de mí. Agua, ahogo, agua, ahogo...desesperación... me fui. Días después encontraron mi cuerpo en la orilla del río, hinchado y lleno de moretones. Mi cuerpo salió a flote, pero la verdad no. Ellos llegaron primero y les dijeron a los periodistas lo que tenían que decir: que había sido un crimen pasional, que yo era infiel y mi marido me mató por celos. “Estrangulan a hermosa joven”, titularon los diarios. En este país

no existen los desaparecidos, eso es puro invento. Los desaparecidos sólo existen para sus familias.

La madre: Soy Marta; llevo veinte años buscando a mis dos hijos: Gustavo y Carlitos... y aún no pierdo las esperanzas. Gustavo es el mayor: yo sé que puede sonar feo que yo lo diga, pero es un hijo ejemplar: el mejor estudiante de su grado, muy sociable, siempre de buen humor y rodeado de amigos. Siempre muy creativo... recuerdo que se metía a todos los talleres del colegio: deporte, danza, música, teatro, de todo. También muy inquieto, le encantaba leer: pedía prestados libros en la biblioteca y se los devoraba; yo no sé cómo los leía tan rápido; después venía al comedor y me contaba todo lo que había aprendido. De tanto leer, conocí los problemas de los campesinos y de los desplazados. Le interesó mucho el tema, quiso ayudar y empezó a ir a reuniones de los sindicatos. Como era tan sociable, lo eligieron como dirigente o algo así. Y ahí empezaron los problemas.

Carlitos es tres años menor. Cuando estaba embarazada de él, mi marido me dejó y nunca más volvió. Yo tuve que criarlos a los dos y me puse a tejer y lavar ropa para mantenerlos. Por suerte, nos dejó una tierrita para cultivarla y con eso nos arreglábamos. Carlitos siempre ha sido más retraído, más tímido. Es muy inteligente, pero se aburría mucho en el colegio y no estudiaba: varias veces tuve que ir a poner la cara con los profesores... Carlitos a veces me saca la piedra, pero yo lo amo. También le gustó leer, como a su hermano: le recomendaba los libros que ya había leído y los nuevos que iba conociendo. Como a Carlitos le gustó tanto leer, Gustavo lo invitó a las reuniones esas; a mí no me sonaba mucho la idea porque una escuela historias de la gente en el pueblo, y se los prohibí, pero esos muérganos chinos ni caso me hacían. Se escapaban por la ventana y yo me quedaba con el corazón en la boca y le pedía a Dios que me los guardara siempre. En el año noventa y nueve los dos salieron de rumba para la fiesta del campesino. Gustavo tenía veintitrés años y Carlitos veinte. Yo tenía un mal presentimiento, una corazonada, no quería que fueran... pero salieron igual. Cuando se despidieron, tuve la sensación de que sería la última vez que los vería... y así fue. Los testigos dicen que mis hijos estaban celebrando con todo el mundo, cuando llegaron cinco hombres armados y se los llevaron, así no más. Nadie hizo nada, nadie se metió por miedo a que los mataran. Desde ese día empezó mi peregrinación por hospitales, estaciones de Policía... y hasta la morgue. Incluso, con un grupo de mujeres nos organizamos y todos los domingos íbamos con nuestras palas y picos a los campos cercanos y empezábamos a cavar para ver si encontrábamos a nuestros familiares. Cualquier pista podía servir: un botón, un pedazo de ropa, lo que fuera. A pesar de las amenazas, durante diez años salimos sagradamente todos los domingos, armadas con nuestras herramientas y con la esperanza de encontrar algo... aunque nunca apareció nada.

Desde que ellos desaparecieron, yo no volví a tener un solo día alegre. Ninguna madre, ningún padre, debería ver morir a sus hijos... A los míos me los desaparecieron, no sé dónde están. ¡Pobres, mis chinitos! ¿Estarán bien? ¿Tendrán frío? ¿Habrán comido algo? Si me los mataron, ni siquiera tengo el consuelo de ver sus cuerpos para enterrarlos y tener algo de paz.

De ellos sólo me queda el recuerdo y, como cada vez estoy más vieja, tengo miedo de olvidarlos, porque esa sería su muerte definitiva. Sería como si ninguno de nosotros hubiera existido. Por eso es importante recordar, por eso es importante no quedarnos callados, porque el silencio nos hace cómplices de los que nos hicieron daño. A ellos les conviene que nadie diga nada, que todo quede como está. No me van a callar, porque, aunque mis hijos nunca aparezcan, esto no se lo merece nadie. Hablo para que esto no se vuelva a repetir nunca más en nuestro país ni en ningún otro lugar del mundo.

Son soldados de un ejército sin nombre, de un ejército que anda sin rumbo, de un ejército que sólo sabe que camina. Caminan, pues, con el frío de la noche o con el sol del mediodía auestas. Caminan por unos campos que no son los suyos, por unos ríos que no son los suyos, por unas montañas que nunca antes habían visto. Caminan con el hambre persiguiéndolos, con el sueño persiguiéndolos, con la muerte persiguiéndolos. Son soldados de un ejército de locos, de un ejército cuya locura principal es la de caminar y caminar sin descanso. A veces, se ven en la noche los puestos luminosos de aquellos quienes los mandan, puestos firmes, seguros. Y a veces, también, se ven las sombras de quien, les han dicho, son los enemigos... Son sombras sin nombre, como su ejército. Conocen bien que lo que llevan en las manos es capaz de matar, y disparan allí donde les han dicho, y hacen justo lo que les han dicho. Y ven entonces cadáveres sin nombre, cadáveres que fueron hombres como ustedes... Y siguen caminando, caminando, caminando... Quizás nunca nadie les haya dejado que hablen acerca de sus sentimientos. Ahora ustedes PUEDEN HACERLO, MANIFESTÁNDOSE, pueden sentirse, por una vez, HOMBRES CON NOMBRE, HOMBRES CON VOZ... ¡HABLEN!

José Cañas, “*Actuar para ser*” (adaptado al español latinoamericano)

*Una mano
más una mano
no son dos manos.
Son manos unidas.
Une tu mano
a nuestras manos
para que el mundo no esté
en pocas manos
sino en todas las manos.*

Gonzalo Arango, “*Revolución*”³

Río turbio ⁴

Ribera del río Cali, justo antes del anochecer. Ruido del tráfico. Mónica se lava el pelo en el río.

MÓNICA: *(cantando) Y dormiremos en el cielo
Te arrojaré con una nube
Haremos muchachitos
Nos quedarán bonitos
Vacilaremos las galaxias
Comiendo mangos espaciales
Tendremos un jardín, cometas de jazmín...*

Entra “El Trancas” y se sienta en un colchón viejo, debajo del puente. Sin mirar a Mónica, arma una pipa de bazuco. La prende y fuma en silencio. El olor llama a Mónica que se le acerca, secándose el pelo con una camiseta vieja.

MÓNICA: Convidáme, ve. *(El Trancas asiente. Ella fuma).* Está re buena, ¿de dónde es?

EL TRANCAS: De por ahí... *(Fuman).*

MÓNICA: ¿Y a vos no te habían chuzado? *(El Trancas se levanta la camiseta. Deja ver un vendaje con sangre seca).* ¡Marica, está grande! ¿Sabés quién fue? *(El Trancas asiente).* ¿Y qué vas a hacer? *(El Trancas se encoje de hombros).*

³ La inclusión de los dos poemas que cierran esta obra surge durante el proceso de montaje estudiantil en el Huila como un modo de cierre colectivo, los he mantenido en el texto por su potencia y llamado a la acción.

⁴ Primera versión escrita en el marco del Taller “Hacer la dramaturgia”, dictado por el dramaturgo costarricense Bryan Vindas. IV Encuentro Internacional de Dramaturgia Kalydrama. Cali, marzo de 2023.

Mónica deja de secarse y se sienta en un extremo del colchón. Fuman en silencio. Anochece. A lo lejos llega la luz intermitente de los alumbra-
rados de Navidad del Bulevar. El Trancas saca del bolsillo dos mangos
chiquitos y le ofrece uno a Mónica. Comen. Mónica acaba primero.

MÓNICA: ¿Tenés más?

*El Trancas le pasa otro mango. Mónica come. De pronto, aparece un
torso flotando en el agua.*

MÓNICA: *(Con la boca llena).* ¡Un muerto, mirá!

EL TRANCAS: Ese tatuaje lo conozco. *(Se mete en el agua hasta las
rodillas).*

MÓNICA: *(Gritando).* ¡Dejalo ahí, que se lo lleve el río!

El Trancas gira el cuerpo para verle el rostro.

EL TRANCAS: Es El Goyo, marica. Lo mataron.

MÓNICA: Vení, no te metás.

EL TRANCAS: Hay que sacarlo.

MÓNICA: ¡No jodás! ¿Después qué hacemos con él?

*El Trancas duda y sale del agua. El torso del Goyo sigue su curso por
el río. El olor de la muerte queda flotando en el aire. Entra un solo de
bajo eléctrico. El Trancas se sienta en silencio al otro extremo del col-
chón. Quiere llorar, pero no puede. El bajo eléctrico se funde con las
campanadas de La Ermita que dan las siete en punto; se van las cam-
panadas y al bajo eléctrico se suma una línea de violines.*

MÓNICA: ¿Era amigo tuyo, cierto?

EL TRANCAS: Sí. Era mi parcerero.

MÓNICA: ¡Hijueputas! Ya las van a pagar esas gonorreas, malpari-
dos. *(Silencio).* Ayer me encontré a un vecino de cuando era chiq-
uita; me contó que el año pasado se murió mi mamá. Es raro: hace
como veinte años que no la veía, siempre me decía que me debería
haber abortado, que para qué traer otra china al mundo si ya tenía
cuatro hijos, pero estoy triste. Es triste perder a alguien. ¿Vos tenés
a tus papás vivos?

EL TRANCAS: No sé.

MÓNICA: ¿Nunca supiste más de ellos?

EL TRANCAS: No.

La música se desvanece.

MÓNICA: ¿Vos creés en dios? *(El Trancas niega).* Yo tampoco; sería
chévere creer en algo. *(Pausa).* Nos van a terminar matando a to-
dos.

*El Trancas trata de prender la pipa. Ya no queda bazuco. Se escucha
a lo lejos el villancico “Noche de Paz”, mientras la noche se hace cada
vez más oscura.*

MÓNICA: No sé dónde dormir esta noche. ¿Será que me acom-
pañás? *(El Trancas se levanta a buscar unos palos).* ¿Tenés la cande-
la? *(El Trancas prende una pequeña fogata. Se queda pasmado miran-
do el fuego. Mónica se acerca para abrigarse).* A veces me da miedo
la muerte, pero después pienso: “que me maten, ¡ya qué putas!”. O
mejor morirme de frío una noche mientras duermo, así, sin darme
cuenta ... o matarme, en últimas. ¿Has pensado en matarte?

EL TRANCAS: Sí.

MÓNICA: ¿Y por qué no lo hacés?

EL TRANCAS: La costumbre.

MÓNICA: ¿De qué?

EL TRANCAS: De sobrevivir.

MÓNICA: Vos sos muy raro, a lo bien. Abrazáme, que tengo frío.
(El Trancas la abraza. Silencio). Ya no quiero a nadie... ¿para qué si
están desapareciendo todos? ¿Vos alguna vez quisiste a alguien?

EL TRANCAS: *(Mirando a Mónica).* Puede ser. *(Se besan largamente.
De a poco el beso se torna más apasionado).*

MÓNICA: No, no, pará... *(El Trancas la vuelve a besar; ella accede.
Hacen el amor en el colchón viejo hasta que la fogata se extingue. Si-
lencio).*

EL TRANCAS: Ve, hace un rato te mentí.

MÓNICA: ¿No has querido a nadie?

EL TRANCAS: No, que no sé quién me chuzó.

MÓNICA: ¿Cómo así?

EL TRANCAS: Me dieron entre varios ahí en el Bule, con sillas y
todo; un malparido aprovechó y me chuzó.

MÓNICA: ¡Qué gonorra! ¿Y por qué?

EL TRANCAS: Ajá. Dizque había robado una bicicleta. *(Se vuelven
abrazar y se duermen).*

Entra El Goyo, estilando agua.

EL GOYO: ¡Trancas!, ¿me escuchás? Acá estoy, miráme parece. *(Pau-
sa. A público).* Ya no me escuchan. Bueno, no es que antes me haya
escuchado alguien, o siquiera mirado. Fui un nadie, sólo un cuer-
po, uno más de los que arrastran los ríos y desaparecen sin pena
ni gloria. Ya puedo ver los titulares de mañana: “Hallan un torso
flotando en el río Cali”. Y más abajo dirá: “Hasta el momento, las
autoridades no se han pronunciado sobre el hecho, por lo que se
desconoce la identidad del sujeto y los detalles de su muerte. No-
ticia en desarrollo...”, pero esa noticia no se va a desarrollar jamás,
porque a nadie le interesa desarrollarla. Es mejor quedar hasta ahí
y no buscar culpables. No meterse es lo mejor.

*Entra la canción “Don Goyo”. El Trancas se pone de pie y comienza a
realizar una especie de coreografía, que el Goyo sigue. Bailan juntos.
Se escucha:*

*Encontraron a Don Goyo
Muertecito en el arroyo
Amarrado con majagua
Flotando dentro del agua.*

*Yo no estaba en el arroyo
cuando se murió don Goyo
que pregunten y pregunten
y averigüen el embrollo.*

*Ese muerto no lo cargo yo, que lo cargue aquel que lo mató (x3)
El pobre Goyo que era tan bueno, la flaca se lo llevó.*

*Terminan de bailar y ambos se abrazan y se despiden. El Goyo sale y
El Trancas vuelve a dormir al lado de Mónica. Se acerca el amanecer.
A lo lejos, se escucha el sonido de una moto acercándose. Se parquea y
se bajan dos “manes”. Entra la música de unos violines nostálgicos. El
Trancas se despierta y despierta a Mónica. Los dos motoristas se acer-
can y los encañonan con una pistola, a punta de gritos que no oímos;
los obligan a subir por la ladera del río. Un camión se parquea. Los ob-
ligan a subir a la parte de atrás del camión, donde van más personas.
Los “manes” suben a la moto y escoltan al camión. El camión desapa-
rece junto a los violines.*

Lo que no alcancé a hablar con mi tío⁵

1. Disquete

Javier: Tío Aníbal: quería contarte que encontré tu caja de dis-
quetes.

Les saqué el polvo y metí uno en la disquetera.

El computador viejo empezó a traquetear y, por suerte, lo leyó.

Habían guardados varios poemas que escribías sólo para ti.

“Balbuceos”, se llamaba uno de ellos.

Estuve hablando con tu hijo, Ramiro, y creo que los vamos a pub-
licar.

Haremos un libro, sencillo, pero recopilando todo lo que encon-
tramos.

Yo también empecé a escribir mis poemas:

muchos de ellos están inspirados en una chica y en el amor que
siento por ella.

2. Valparaíso

Aníbal: Ese día Julia y tu mamá llegaron tarde a hacer la fila para
verme; llevaban unas mantas, ropa de abrigo, algo de comida y
cigarrillos. Me contaron que la fila daba vuelta en la esquina, to-
dos a pleno sol porteño. A eso del mediodía llegaron por fin a la
puerta; me dijeron que un gendarme les revisó las bolsas y les
quitó la mitad de los cigarrillos. Mientras, una gendarme les re-
visaba el cuerpo, bruscamente. Después, las hicieron firmar el
libro de visitas con sus datos: nombre, cédula, dirección, trabajo
actual, parentesco con el detenido; lo de siempre.

⁵ Basado en el texto resultado del taller en línea “Escrituras del yo”, guiado por el maes-
tro colombiano Rodrigo Vélez. Huila, junio de 2020.

Las hicieron pasar al patio donde yo estaba: todo lleno de familiares y las pocas sillas y bancas ya se veían ocupadas; desde la gradería las saludé intentando sonreír y les hice una seña de que quería fumar. Julia dejó las bolsas a un lado y corrió a besarme; con tu mamá nos saludamos en un abrazo profundo y luego me pasó los cigarrillos. Le pedí fuego al único gendarme que parecía ser persona. Lo fumé con avidez y hubo un largo y profundo silencio, como si ese cigarrillo fuera infinito. Yo no les decía nada, pero sé que ellas veían el sufrimiento en mis ojos. Me preguntaron cómo estaba, y les dije: “Bien, dentro de todo, bien”. Les pregunté por Ramiro y por Mariela; Julia me dijo que estaban bien. Que el niño preguntaba por mí, y para que se quedara tranquilo le dijeron que me fui al sur a construir casitas.

Luego llegaron los gendarmes gritando que se había acabado el horario de visitas; comenzaron los llantos de los niños, los abrazos y las despedidas... que no se sabía si eran para siempre o no.

Salieron todas las visitas y sólo nos quedamos los presos políticos y nuestros torturadores.

3. Madera

Javier: Santiago de Chile.
El patio de la casa de Nicol, tu última pareja.
Las virutas en el piso.
El olor a madera.
La caja de herramientas abierta
y un mueble a medio hacer.
Parecía que en cualquier momento
ibas a aparecer diciendo alguna de tus bromas
y ponerte a trabajar la madera,
con prolijidad,
haciendo el corte justo,
calzando las piezas de manera perfecta
y lijando más allá de lo establecido.

Aún tengo en Chile la biblioteca que me hiciste.
En la esquina de tu casa, el pan aún descansa en el mueble de
panadero que fabricaste.

4. Trabajo

Aníbal: Me pongo mi mejor traje y el único par de zapatos decentes que tengo. Ya no me queda plata para el bus, pero no me importa ir caminando.

Salgo de casa con la confianza de que esta entrevista de trabajo será mía. A mitad de camino comienza una leve llovizna, que luego se transforma en lluvia, para dar paso a un verdadero temporal. Voy con el tiempo justo, no puedo esperar a que escampe, así que sigo caminando, buscando los techos y los balcones que me protejan. La calle se llena de charcos, piso una baldosa suelta, se me dobla el tobillo y se me sale la suela del zapato. El agua se mete, mi calceta se empapa. “¡Cresta!, ¿pero por qué mierda justo ahora?!”.

Saltando en una pata me meto a la entrada de una galería, maldiciendo. En eso, se me acerca un hombre de traje con una carpeta y me dice:

—Señor, ¿ha pensado en su futuro?
—¿Qué me quiere vender? —le pregunté.
—Seguros de vida —me respondió, un poco avergonzado.
—Con esta cesantía, ¿quién puede pensar en seguros?
—Sí, está dura la cosa —me dijo, bajando la voz—. Pero los seguros siempre tienen salida.
—¿Y qué hay que hacer para trabajar ahí?
—¿Tiene experiencia en ventas?
—Tengo mucha experiencia sobreviviendo. ¿Eso sirve?
—Mire, usted me cayó bien y se ve que es decente. Hagamos una cosa: venga mañana a la oficina y llena los papeles. Pero no le prometo nada: mi jefe es amigo de los milicos.

5. Marraquetas

Javier: El olor de las marraquetas recién horneadas nos llegó desde la panadería de al lado de nuestra casa en Concepción.
Era la señal que faltaba para el desayuno.
Me pasaste unas monedas de a cien y de a cincuenta.
Salí de la casa con mis jeans con la basta doblada hacia afuera

y mis zapatillas North Star.
Era fin de semana o feriado, porque no había colegio.

Entré a la panadería y saludé a la cajera.
Puse cuatro marraquetas en la bolsa de tela
y pedí una cajetilla de cigarros de una marca ochentera que ya no existe.
Volví a la casa, te pasé el vuelto y los cigarros,
fui a la cocina a dejarle el pan a mi mamá
y subí a mi pieza a jugar con los Transformers.

Al poco rato sentí un quejido profundo:
mi mamá corrió al comedor y yo bajé la escala.
Estabas en el sofá, agarrándote el pecho, con mueca de dolor mal disimulado:
“No es nada, no es nada, ya me ha pasado antes”.
Te paraste y te fuiste a tu escritorio de arquitecto
a terminar un rompecabezas que tenías a la mitad.
Mi mamá volvió preocupada a la cocina
y yo subí las escaleras saltando los peldaños de dos en dos,
a continuar mi historia de robots intergalácticos.

6. Mi viejo

Javier:
“Panchulo” o “Pancho A”
para los de la familia,
“Gamo prudente” en los scouts,
“El camello” en el colegio,
“El viejo” para sus hijos,
“El tata” para sus nietos;
varios nombres, sólo un dueño:
Aníbal Viveros.

Un penquista de corazón
llueva, granice o truene;
amó a la octava región
y por sobre todo a Rere.

La tierra y sus olores
plagaron tu infancia linda,
remolinos de colores
que se mezclan en la quinta.
Travesuras de niños
en medio de los olivos,
recorriendo pastizales,
esquivando lodazales,
cabalgando en un perro
vas saltando los trigales.

Arquitecto de utopías,
alzaste emblemas de unidad
en época prohibida.
¿Quién iba a pensar
que Aníbal iba a terminar
azotado injustamente
por el látigo militar?
Confinado en una celda
sin justicia, sin defensa,
aquel estómago hambriento
clamaba por alimento;
un gendarme acude presto
arriesgando su pellejo:
de tomates es la crema
que sostiene ya tu aliento.

Aníbal en su vivero
dio la vida a tres flores
y cobijó a una cuarta:
quien escribe estos loores.

Montaste caballos blancos,
cartujanos, bayos, negros...
ahora das grandes trancos
cabalgando en campos eternos.

Parezco reconocerlo
cuando me miro al espejo;
profunda pena me invade:
ayer se murió mi viejo.

7.

POESÍA
RECUERDOS
PLANOS
LIBROS
HUERTA
MUERTE
BARBA
CÁRCEL
NOSTALGIA
CIGARROS

8.

Javier: Muy buenas noches, estoy muy contento de ver reunidas a tantas personas que son importantes en mi vida. Para mí es muy significativo que me acompañen en el lanzamiento de este, ya mi quinto libro de poesía titulado “Lo que no alcancé a hablar con mi tío”. Había preparado un discurso, pero lo volví a leer hace un rato y me pareció un cúmulo de clichés, así que voy a improvisar. Este, mmm... me gustaría comenzar agradeciendo a Marta, mi editora, por todo el trabajo y la paciencia que puso en este libro. También quiero agradecer de manera muy especial a mi tío Aníbal, que seguramente la mayoría de ustedes conoció y quiso. Él, sin proponérselo, fue quien me impulsó a escribir poesía. Recuerdo que, en casa de mi madre, una vez encontré un folletito con sus poemas: eran hojas tamaño carta dobladas por la mitad, hechas con la impresora de la casa, pero yo era chico y para mí eso era un libro. ¡Mi tío había escrito un libro! Me pareció increíble tener a un escritor en nuestra propia casa. En honor a la persona que me enseñó a afeitarme y a hacer el nudo de la corbata, acá va el poema titulado “Mi viejo”: “‘*Panchulo*’ o ‘*Pancho A*’ *para la familia, ‘Gamo prudente’ en los scouts, ‘El camello’ en el colegio...*”.

Mientras leía el poema muy emocionado y levantaba la vista del papel de vez en cuando para contactar con mi público, crucé una mirada con ella... sí, estaba ahí; después de tantos años, había ido por primera vez al lanzamiento de alguno de mis libros y en esta ocasión sin que yo se lo pidiera.

Cruzamos miradas varias veces durante la lectura; luego vinieron una charla, un número musical, aplausos, fotografías sonrientes y yo no la perdía de vista. Allí estaba ella, fumando despreocupa-

da mientras tomaba un vino. Era obvio que ella esperaba que me acercara, pero entre las entrevistas, mi editora, las felicitaciones y las firmas de libros, me era imposible. Por fin llegó el coctel, me escapé para buscar un vino y la abordé:

—¡Qué sorpresa verte por aquí!
—Creo que ya era ya era hora de aparecer. ¡Felicitaciones por tu libro! ¿Me firmas mi copia?
—Sí, claro, ¡cómo no!

Puse algo como: “Ya no soportó más esta cursilería. Por favor, sácame de aquí. Con amor: Javier”.
Ella se acercó a Marta, le dijo algo al oído, volvió hacia mí, me tomó del brazo y me dijo: “¡Vamos!”.

—¿Cómo lo hiciste?, ¿qué le dijiste?
—Eso no importa —y mirándome a los ojos, dijo—: lo que importa es que la noche es nuestra.
Prendió un cigarro y así, sin más, salimos del lugar.
—Vamos en mi auto —le dije.
—No, yo te llevo en el mío.
—¿Aprendiste a manejar?
—Sí, hace un mes que saqué licencia.
—¿Y no te daba tanto miedo?
—Lo superé... me estoy reinventando. Y de regalo me compré este auto.
—¡Qué bonito! —me quedé contemplando su auto y a ella, pensando en cuántas veces había imaginado este momento, pero siendo yo quien la llevaba en mi auto.
—Javier, ¿todo bien?
—Sí, sí, todo está bien... voy a dejar mi auto aquí y mañana vuelvo por él.

Me subí a su auto; era muy cómodo y espacioso. No sé si fueron los años sin vernos o que el vino nos soltó la lengua, pero durante todo el camino no paramos de hablar y de reír. Hacía mucho que no lo pasaba tan bien con alguien; parecía que todo el tiempo que no nos vimos jamás había existido. Comenzó a llover: las gotas en el parabrisas y el sonido de la lluvia le daban un ambiente más romántico al viaje.
—¿Adónde me quieres llevar? —le pregunté.
—Es una sorpresa —me contestó, juguetona.
—Pero al menos dame una pista.
—Mmm, está bien. Tiene que ver con la última vez que nos vimos. Lo recordaba perfectamente: fue una noche en el mirador del cerro; desde allí se veía toda la ciudad con sus luces.
—¿Alguna vez te has arrepentido de una decisión importante? —le pregunté.

—Sí, claro. No de muchas, pero sí. ¿Y tú?
Aproveché que el semáforo estaba en rojo para acercarme a ella y darle el mejor beso que he dado en mi vida: apasionado, intenso, interminable. Los autos de atrás empezaron a tocar sus bocinas, pero no nos importó. El tiempo se detuvo al sentir la suavidad de sus labios y la calidez de su lengua. Nuevamente los autos comenzaron a tocar sus bocinas y esta vez nos miramos a los ojos y con una sonrisa cómplice continuamos el viaje. Salimos de la calle principal y tomamos por la cuesta en zigzag que da hacia el cerro.
—¿Me acercas los cigarros? —me dijo.
—Sí, claro.
Al intentar pasárselos, torpemente la cajetilla se me resbaló. Ella bajó la vista por un segundo y una luz nos encgueció. Con una maniobra rápida, ella evitó al otro vehículo, pero los neumáticos se resbalaron y perdió el control. El auto dio dos o tres vueltas de campana: luego, el silencio.

.
. .
. .
. .
. .
Había vidrios rotos y fierros retorcidos por todos lados; en mi boca, sabor a sangre y un dolor de cabeza insoportable. Lo último que recuerdo es escucharla preguntar por mí: “¿Javier?, ¿Javier, me oyes? ¿Estás bien?”. Luego todo se fue a negro.
. .
. .
. .
. .
Sentí que había pasado mucho tiempo.
Escuché a lo lejos una voz familiar que recitaba:
—*Parezco reconocerlo
cuando me miro al espejo;
profunda pena me invade;
ayer se murió mi viejo.*
Ya no me dolía la cabeza. Abrí los ojos.
—¿Tío Aníbal? ¿Eres tú? ¡Qué bueno verte! Quería contarte que encontré tu caja de disquetes.